

Decimocuarto Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo B
7 de Julio de 2024

—¿Quién te crees que eres? ¿Alguna vez escuchaste eso? —¿Quién te crees que eres? Un padre o maestro decepcionado... Un entrenador enfadado... O tal vez un jefe destemplado... A la mayoría de nosotros se nos ha lanzado esta pregunta tan incómoda en un momento u otro de nuestras vidas. —¿Quién te crees que eres? Una pregunta desafiante, sin duda... A decir verdad, a veces podemos "olvidar quiénes somos". Sí, a veces podemos "actuar fuera de lugar" o "perder el rumbo". Nuestras identidades pueden llegar a ser confusas.

Nuestras lecturas del Evangelio en el transcurso de las últimas dos semanas se centran en la fe, por supuesto, pero aún más en esta cuestión esencial de la identidad, nuestro sentido de nosotros mismos. Sí, "¿quiénes nos creemos que somos?" ¡Quién, en efecto!

Recordemos la lectura del Evangelio de Marcos de la semana pasada. Dos sanaciones notables... La hija de 12 años de Jairo y las mujeres que habían sufrido hemorragias tan gravemente durante más de una década. Sí, Jairo y las mujeres que sufrían demostraron una fe extraordinaria. Lo más importante es que se habían atrevido a pedirle a Jesús una curación.

¿Qué tienen que ver estas sanaciones con la identidad, con el sentido que tenemos de nosotros mismos? Mucho, de hecho. Jairo era un funcionario de la sinagoga. Era educado. Le gustaba estar en la comunidad. De hecho, es probable que hubiera logrado mucho en su vida. Pero lo puso todo en riesgo cuando le pidió a Jesús que sanara a su hija. Jairo era un escriba y los escribas, al igual que los fariseos, habían rechazado a Jesús. En efecto, Jairo estaba "tomando partido" contra su "propio pueblo", contra aquellos de quienes dependía para su sustento y la alta estima en que ciertamente lo tenían sus amigos y vecinos.

Pero aquí está la cosa. Jairo se sabía a sí mismo, ante todo, un hijo de Dios, un hijo amado de Israel. Y también pensaba en su hija como una hija amada de Dios. Y más aún, Jairo reconoció a Jesús como un profeta, como alguien que estaba actuando en nombre de Dios. Jairo sabía quién era, y sabía quién era Jesús. De hecho, el sentido de Jairo de sí mismo le permitió acercarse a Jesús para la curación que tanto esperaba.

Lo mismo puede decirse de la mujer que durante tanto tiempo había sufrido hemorragias incontroladas. Ella también sabía quién era. El resto del mundo la había reducido a una condición médica. Se entendía que era "impura". Sin embargo, sabía en lo más profundo de su corazón que ella también era una hija amada de Dios. Según Jack Shea, un maravilloso erudito de las Escrituras, la mujer *"nunca había sido una impura..."* En su propia mente, ella era, en cambio, *"una hija amada de Dios que estaba sufriendo. A pesar de todo, se aferró a esta identidad, y este sentido más profundo de sí misma, le dio el coraje que necesitaba para alcanzar el amor de Dios tal como se había manifestado en la persona de Jesús"*. Según Jack Shea, *"el amor de Dios es para los hijos de Dios, y ella era una de las hijas de Dios. Esta era su fe"*.

El sentido de Jairo de sí mismo y el sentido de la mujer sufriende de sí misma como hijos de un Dios amoroso les abrió la posibilidad de sanar en sus vidas. Sus identidades fundamentales hicieron posible todo lo que esperaban.

Ahora avancemos rápidamente a la lectura del Evangelio de hoy. También se trata de fe o, más exactamente, de una clara falta de fe. Jesús visita su ciudad natal y es invitado a hablar en la sinagoga de su casa, un gran honor, un testimonio, de hecho, de su creciente celebridad. Pero, ¿qué sucede? Nada. No pasa nada. La gente de la ciudad natal de Jesús no puede imaginar a Jesús como algo más que un "hijo de carpintero". A diferencia de Jairo y a diferencia de la mujer que sufre en el Evangelio de la semana pasada, los vecinos de Jesús no reconocen la presencia de Dios en sus vidas. Y como resultado, se nos dice que *"no pudo realizar ninguna obra poderosa allí, aparte de curar a algunos enfermos imponiendo sus manos sobre ellos"*, probablemente, sugiere Marcos, porque solo estos pocos buscaron a Jesús. Se nos dice que estaba *"asombrado por su falta de fe"*.

Una falta de fe, claro... Pero también un sentido empobrecido de sí mismos. Nuestra lectura sugiere una falta de imaginación o tal vez incluso un complejo de inferioridad. Es posible que los vecinos de Jesús hayan interiorizado la pregunta de Natanael a Felipe en el Evangelio de Juan: *"¿Qué bien puede venir de Nazaret?"* Es posible que hayan olvidado que eran, ante todo, hijos e hijas de Israel, que eran, ante todo, hijos e hijas amados de un Dios amoroso y providente.

Y como resultado, la buena gente de Nazaret era muy parecida a la gente que necesitaba una sanación en el mercado en la lectura del Evangelio de la semana pasada, la buena gente que necesitaba una sanación que se topaba con Jesús y lo empujaba mientras intentaba llegar a la casa de Jairo. Sí, muchos de ellos indudablemente necesitaban curación. Pero fue solo la mujer sufriente la que verdaderamente se acercó a Jesús, y fue el simple toque de su manto lo que efectuó una sanación en ella que cambiaría la trayectoria de su vida.

¿Cómo sucedió esto? Bueno, ella sabía quién era. La mujer sufriente se sabía a sí misma como una hija amada de Dios. Y este sentido de sí misma y su fe en un Dios amoroso y providente hizo que todo fuera posible.

Demasiados de nosotros hoy anclamos nuestro sentido de nosotros mismos en algo que no es Dios. Pueden ser nuestros supuestos logros, lo que otros piensan y dicen de nosotros, o nuestras posesiones, tal vez, en lo que podemos haber adquirido a lo largo de nuestras vidas. A decir verdad, nuestro sentido de nosotros mismos como hijos e hijas amados de un Dios amoroso y providente está silenciado hoy en día, si es que existe.

Pero nuestras lecturas del Evangelio de esta semana y de la semana pasada también cuentan una historia diferente. Jairo y la mujer que sufría tan gravemente de hemorragias sabían quiénes eran. Y también sabían quién era Dios: un creador amoroso que puede hacer que todas las cosas sean posibles.

Y así, la pregunta a la que nos enfrentamos este fin de semana... "¿Quiénes nos creemos que somos?" ¿Somos simplemente la suma total de nuestros logros o, tal vez, de nuestras decepciones y fracasos en la vida? ¿Como nosotros nada más que lo que los demás puedan pensar y decir de nosotros? ¿O, tal vez, la suma total de las posesiones que hemos adquirido a lo largo del tiempo? ¿Y qué podrían significar estas identidades, por más pasajeras y truncadas que sean, en términos de nuestra comprensión de Dios? ¿Qué podrían significar en términos de lo que Dios puede hacer posible en nuestras vidas, en tu vida y en la mía?

Buenas preguntas para reflexionar, quizás, en el transcurso de la próxima semana... De hecho, "¿quiénes nos creemos que somos?"